

signo es el que está grabado sobre nuestra frente." ¹

Acabas de oirlo: todos los mártires buscaron su fuerza en la señal de la cruz. Y ¿habrían buscádola en la nada? ¿Y ese gran Emperador por el que murieron les habria dejado en una incurable ilusion? Si álguien lo cree, que aduzca sus pruebas.

1 Fratres, sorores, filii, patres, et quæcumque matris loco mihi estis, videte et vobis cavete, ac diligenter animadvertite, qualis est Imperator ille, cujus characterem habemus, et quali forma in fronte signati sumus. (*Ibid.*)

CARTA DUODÉCIMA.

Diciembre 7.

Necesidad perpetua de la señal de la cruz para obtener la fuerza. — Recomendacion y práctica de los jefes de la lucha espiritual. — Signo de la cruz en las tentaciones. — En la muerte. — Ejemplo de los mártires. — De los verdaderos cristianos que fallecen de muerte natural. — Los moribundos haciéndose signar por sus hermanos con la cruz.

QUERIDO FEDERICO:

La señal de la cruz no ha perdido nada, ni de su poder ni de su necesidad. Verdad es que los tiranos han muerto y se han derruido los anfiteatros: que la señal de la cruz venció á los unos é hizo derrumbarse á los otros; pero si los segundos no pueden volver á levantarse, los primeros de tiempo en tiempo salen de sus tumbas. La raza de los Nerones no se ha extinguido todavía; el más temible es el que está por venir.

Con un furor antiguo los que han aparecido despues de los Césares han diezrado á los cristianos, esa raza inmortal, raza condenada á la muerte, como dice Tertuliano, *expeditum morti genus*. Lo que hicieron ayer en Occidente, que hacen hoy en Oriente, pueden repetirlo mañana por do quiera que reinen. Aviso para los combatientes; que ninguno olvide la fuente de donde mana la fuerza.

Mientras ese momento llega, acuérdate, querido amigo, que tambien la paz tiene sus mártires, *habet et pax martyres suos*. ¿Quién es el hombre que no lleva en sí mismo uno ó muchos Nerones? ¿Cuenta por ventura en su vida un dia, ó al ménos una hora en que no tenga que combatir? Mas ¿qué digo? Veinte veces al dia se presentan á sus miradas objetos seductores, importunan su alma malos pensamientos, y sus sentidos revelados invitan á su corazon á cobardes traiciones. ¡Oh, y cuánta fuerza necesita!

¿Dónde la encontrará? En la señal de la cruz. El testimonio de los siglos, la experiencia de los veteranos y de los reclutas de la virtud, atestiguan hoy como ayer, el soberano poder del signo divino, para disipar los encantos seductores,

arrojar los malos pensamientos y reprimir los movimientos de la concupiscencia.

Escucha á Prudencio, cantor de los mártires, que conoció los detalles de sus triunfos al mismo tiempo que el secreto de sus victorias: "Cuando cediendo á la invitacion del sueño, busques tu casto lecho, haz la señal de la cruz sobre tu frente y sobre tu corazon. La cruz te preservará de todo pecado: ante ella huirán los poderes de las tinieblas; santificada el alma por este signo, no tiene por qué vacilar."¹

Escucha á los jefes del eterno combate. Grandes genios y grandes santos, consumados en el arte de la guerra espiritual que se llama *ascetismo*, á una voz recomiendan á los soldados cristianos el uso de la señal de la cruz. "¿Sientes, dice San Crisóstomo, que el corazon se te

1

Fac, cum vocante somno
Castum petis cubile,
Frontem locumque cordis
Crucis figura signet:
Crux pellat omne crimen,
Fugiunt crucem tenebræ.
Tali dicata signo
Mens fluctuare nescit.

Apud. S. Greg. Turon., lib. I, *Miracul.*, c. 106.

inflama? Haz la señal de la cruz, y al instante la cólera se disipará como el humo." ¹

San Agustín: "¿Intenta Amalec, vuestro enemigo, cerraros el paso é impedir que avancéis? haced la señal de la cruz y quedará vencido." ²

El gran servidor de Dios, Márcos, que predijo al emperador Leon la hora de su muerte: "He conocido por mi propia experiencia que la señal de la cruz aplaca las turbaciones interiores, y procura la salud del alma. Luego que se hace la señal de la cruz, obra la gracia; y la carne, como el corazón, se tranquilizan." ³

San Máximo de Turín: "De la señal de la cruz debemos esperar la curación de nuestras heridas. Si el veneno de la avaricia corre por nuestras venas, hagamos la señal de la cruz y

1 Si succendi cor tuum senseris, pectus continuo signaculo crucis signato, et ira illico tanquam pulvis dissipabitur. (*In Matth., Hom. 88.*)

2 Si adversarius Amalecita iter intercludere atque impedire conabitur, pro reverentissima extensione brachiorum ejusdem crucis indicio superetur. (*Lib. I. Homil., Homil. 20.*)

3 Statim post signum crucis, gratia sic operatur: sedat omnia, membra pariter et cor. (*Biblioth. PP., t. V.*)

será arrojado. Si nos pica el escorpión del deleite, recurramos al mismo medio y quedaremos curados. Si groseros pensamientos terrestres procuran mancharnos, volvamos á hacer la señal de la cruz, y vivamos con la vida divina." ¹

San Bernardo: "¿Quién es el hombre bastante dueño de sus pensamientos, para no tener nunca ningunos impuros? Pero es preciso reprimir en el acto sus ataques, para vencer al enemigo en el mismo punto en que esperaba triunfar, y el infalible medio de conseguirlo es la señal de la cruz." ²

San Pedro Damian: "Si sentís nacer en vuestra alma un mal pensamiento, haced desde luego con el pulgar la señal de la cruz, y estad seguros de que desaparecerá." ³

El piadoso Ecberto: "Nada es más eficaz que la señal de la cruz para disipar las tentaciones, aun las más vergonzosas." ⁴

1 *Apud S. Ambr., ser. 55.*

2 *De passion. Dom., c. XIX, n. 65.*

3 Cum pravam tibimet cogitationem esse persenseris, extento pollice protinus cor tuum signare festines, certus, etc. (*Instit. monast.*)

4 Signo crucis nihil efficacius ad turpes eflugandas tentationes. (*Lib. viar. Dom., c. XXI.*)

Reasumiendo todos estos testimonios: "Cualquiera que sea la tentacion que nos agobie, concluye San Gregorio de Tours, es necesario repelela; pero esto debe hacerse no cobarde sino valerosamente, con la señal de la cruz en la frente ó sobre el pecho."¹

Si fuera preciso, mil hechos podrian confirmar lo que acabas de oír; mas uno solo bastará, y es la revelacion con que fué favorecido un santo religioso llamado Patroclo, y por la que Dios le hizo ver el soberano poder de la señal de la cruz contra las tentaciones.

Un dia el demonio, trasformándose en ángel de luz, se presentó al venerable abad. Comenzó con palabras llenas de astucia á aconsejarle que abandonase la soledad y volviese al mundo. Pero el hombre de Dios, sintiendo al punto correr por sus venas un fuego pestilente, se prosternó y oró con todo fervor, pidiendo al Señor se hiciese su voluntad. Su oracion fué escuchada. Otro ángel se le apareció y le dijo: "Si quieres conocer el mundo, sube sobre esa columna y verás lo que es."

¹ Viriliter et non tepide signum, vel fronti, vel pectori salutare superponas. (*Ubi supra.*)

Caido en éxtasis el piadoso solitario, creyó tener delante de sí una columna de una altura prodigiosa sobre la que subió. Desde ella ve homicidios, robos, asesinatos, fornicaciones y los más grandes crímenes del universo. "¡Ay! esclama al descender, ¡ay, Señor! no, no permitas que vuelva yo jamas á encontrarme entre tantas abominaciones."

Entonces le dijo el ángel: "Cesa, pues, de echar de ménos el mundo, temeroso de que perezcas con él. Vete más bien á tu oratorio á rogar al Señor te haga encontrar un apoyo en medio de las pruebas de tu peregrinacion." Así lo hizo y encontró la señal de la cruz esculpida sobre un ladrillo. Comprendió el don de Dios, y comprendió que ese signo era la fortaleza inexpugnable contra las tentaciones.¹

Mártir de la guerra ó de la paz es el hombre durante su vida. ¿Qué cosa es la muerte? Mira á ese enfermo presa del dolor, abandonado de todos, ó rodeado de amigos y parientes que nada pueden hacer por él. Detras de él, el tiempo que huye; delante, la eternidad que avanza y

¹ Greg. Turon., *Vit. part.*, c. IX.

por la que se siente arrebatar sin que ninguna fuerza humana sea capaz de detener la partida ó de endulzar las agonías del viaje.

Ese enfermo eres tú, querido amigo, soy yo, es todo hombre, rico ó pobre, súbdito ó monarca. Si durante los combates de la vida tenemos necesidad de luz, de fuerza, de consuelo y de esperanza, dime, en las luchas decisivas de la muerte ¿no tendremos necesidad, mil veces mayor, de todo ello? Pues bien, la señal de la cruz es ese todo. Bajo este nuevo aspecto fué querida á nuestros abuelos y debe serlo para nosotros.

Como los mártires al marchar al último combate no dejaban nunca de fortificarse con la señal de la cruz, de la misma manera los cristianos de los siglos pasados recurrían sin cesar al mismo signo para endulzar los dolores y santificar su muerte. Citemos algunos ejemplos.

Hablando San Gregorio Nacienceno de su querida hermana Santa Marina, á la que asistió en sus últimos momentos, se explica así: "Ella decía: Señor, para poner al enemigo en fuga y proteger la vida de los que os temen, le habeis concedido la señal de la cruz. Y al pro-

nunciar estas palabras, hacia el signo adorable sobre sus ojos, sus labios y su corazón." ¹

San Gregorio Nacienceno, su ilustre hermano, desafiando al demonio, exclamaba: "Si te atreves á atacarme en el momento de mi muerte, cuidate, porque te haré huir con solo la señal de la cruz." ²

Muy á menudo los primeros cristianos, en vez de hacerla con la mano, ya próximos á morir, la formulaban extendiendo los brazos. A esto llamaban el sacrificio de la tarde, *sacrificium vespertinum*. A esta manera de hacer la señal de la cruz en los últimos momentos, aplicaba Arnobio las palabras del salmista: *La elevacion de mis manos, es mi sacrificio vespertino*. Y agrega: "En el momento de la muerte nos encontramos realmente en el sacrificio de la tarde, y nuestra atencion debe consistir en elevar nuestras manos en cruz, para regocijarnos con el Salvador Jesus, por el momento en que vamos á Él." ³

¹ Tu ad hostis perniciem et vite nostrae securitatem dedisti signum metuentibus te, notam sanctae crucis, aterne Deus. Haec dicens oculis, et ori, et cordi, crucis signum apposuit (Vit. S. Marc.)

² Carm. 22.

³ Tunc enim in sacrificio vespertino sumus. Ibi est tota

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

En tal actitud murió Pablo, patriarca del desierto, y en ella fué encontrado San Antonio.

Dió el mismo espectáculo San Pacomio. "Próximo á morir, dice el autor de su vida, se armó con la señal de la cruz, vió con gran alegría un ángel que se dirigia á él, y entregó su alma santa á Dios." ²

De la misma manera murió San Ambrosio. "El último día de su vida, escribe el padre Paulino, desde cerca de las once, hasta el momento en que exhaló el alma, oró con las manos extendidas, en forma de cruz." ³

De Milan pasemos á Constantinopla. Contempla á otro obispo que va á morir. San Eutiquio, dice un historiador, fué acometido á la media noche de una fiebre violenta. Permane

nostræ cogitationis ponenda intentio, ut levantes manus nostras, in signo crucis dum ad Dominum pergimus, gratulemur in Christo Jesu. (*In ps. 140.*)

1 Introgessus speluncam, vidit genibus complicatis, erecta cervice, extensisque in altum manibus, corpus exanime. (S. Hier., *De vit. S. Paul.*)

2 Vida de San Pacomio. c. LIII.

3 Eodem tempore quo migravit ad Dominum, ab hora circiter undecima diei, usque ad illam horam quam emisit spiritum, expansis manibus in modum crucis oravit. (Paulin., *In Vid. S. Ambr.*)

ció en ese estado siete dias, no cesando de orar y de fortificarse por la señal de la cruz." ¹

Concluyamos nuestro viaje por Francia, y asistamos á la muerte de algunos de nuestros reyes. Detengámonos en Aix-la-Chapelle, para ver morir al gran emperador. "Al dia siguiente, dice un obispo, testigo ocular, Carlomagno, sabiendo lo que debia suceder, extendió la mano derecha, tanto cuanto pudo, é hizo la señal de la cruz sobre la frente, sobre el pecho y sobre todo el cuerpo." ² Así debia morir ese grande hombre.

Contempla á su hijo, Luis el Piadoso. "Habiendo arreglado sus negocios y hecho sus recomendaciones, ordenó que se recitase cerca de él el oficio de la noche, y que se le colocase en el pecho una reliquia de la verdadera cruz. Durante esto, tanto cuanto sus fuerzas se lo permitieron, hizo la señal de la cruz sobre su frente y sobre

1 Vehementi febre circa mediam noctem correptus est: atque ita mansit septem dies, assidue precibus incumbens, seque signo cruceis maniens. (*Apud Sur. 2 Jul.*)

2 In crastinum vero luce adveniente, sciens quod facturus erat, extenso manu dextra, virtute, qua poterat, signum sanctæ crucis fronti impressit, et super pectus et omne corpus consignavit. (Mhegan., *De Gestis Ludov. Imper.*)

su corazón, y cuando estaba muy fatigado, rogó á su hermano que continuase." ¹

Hablemos de uno de los sucesores mas dignos del trono, del buen rey Roberto. En los últimos dias de su vida no cesaba de llamar en su ayuda, con el gesto y con la voz, á los santos del paraíso, fortificándose continuamente con la señal de la cruz sobre la frente, ojos, narices, labios, garganta y oído, en memoria de la Encarnacion del Señor, de su Natividad, Pasion, Resurreccion y Ascension, y del Espíritu Santo. Tal fué, durante toda su vida, la costumbre de este príncipe, que voluntariamente no dejó de tener consigo el agua bendita. ²

¹ His peractis et dictis, præcepit ut ante se celebrarentur vigilia nocturne, et ligno sancte crucis pectus moniretur; et quamdiu valebat manu propria tam frontem quam pectus eodem signaculo insignibat. Si quando lassabatur per manus fratris sui notu id fieri poscebat. (*Apud Gretzer*, lib. IV, c. XXVI, p. 618.)

² Dei sanctis in auxilium suum venire, voce, signis, indesinenter orabat, muniens se semper in fronte et oculis, naribus et labiis, gutture et auribus, per signum sanctæ crucis, memoria Dominicæ incarnationis, nativitatis, passionis, resurrectionis, et ascensionis et Spiritus sancti. Habuit hoc ex more in vita; cui numquam defuit voluntas aqua benedicta. (*Helgald., in Epitom. vit Robert.*)

Citemos aún á Luis el Gordo. Próximo á morir, hizo extender por tierra un tapete y sobre él ceniza, en forma de cruz. Colocado por sus oficiales en ese lecho, que recordaba al del Rey del Calvario, no dejó de hacer la señal de la cruz hasta exhalar el último suspiro. ¹ En que muera un rey como Dios, ¿hay algo que desdore? Lo que desdora es morir, sin comprender la muerte, con la insensibilidad de la bestia.

Has visto que los mártires, temerosos de no poder hacer por sí mismos el signo de la fuerza antes de morir, dejaban que lo hicieran sus hermanos; lo mismo pasaba con nuestros abuelos que morian de muerte natural. Además del ejemplo de Luis el Piadoso, que acabas de leer, voy á recordarte otros, tomados de los primeros siglos, para así demostrarte la perpetuidad de la tradicion.

San Cenobio, amigo íntimo de San Agustin, á punto de terminar su bella vida por una muerte preciosa, levantó la mano é hizo la señal de la cruz sobre todas las personas que le rodeaban. Rogó en seguida á los obispos, que con sus ma-

¹ Gretzer, p. 617.

nos consagradas, hicieran el signo de la fuerza, de la esperanza y de la salud. ¹

Del lecho de un sacerdote pasemos al de un simple fiel. Mira á una hija amante que asiste á su tierna é ilustre madre. Hoy la mayor parte se contentan con dar á sus mas queridos enfermos cuidados materiales, y aun se reprocharian no observar cuidadosamente las menores prescripciones del médico; pero ¿la asistencia cristiana? ¿las prescripciones del Divino Médico y de la Iglesia, nuestra Madre? A los cuidados mas solícitos, nuestros abuelos, mas inteligentes y mejores que nosotros, añadían los remedios del alma.

En Bethlem, Santa Paula la ilustre, descendiente de los Fabios, va á morir. A su lado está Eustoquia, hija digna de tal madre. ¿Qué hace aquel ángel de ternura? No cesaba, dice San Gerónimo, de hacer la señal de la cruz sobre los labios y el pecho de su madre, esforzándose en endulzar sus sufrimientos por la impresion del signo consolador. ²

¹ Elevata aliquantulum manu omnes benedixit, rogavitque adstantes episcopos, ut sanctissimis suis manibus eum crucis signo communirent. (*Apud Sur.* 25 maii.)

² Eustochium Paula matris os stomachumque signabat,

Lo has visto, lo mismo en la vida que en la muerte, la señal de la cruz fué en tiempo de nuestros abuelos el medio empleado constantemente para obtener para ellas y para los demas, luz, fuerza, resignacion, valor y esperanza. ¡Qué cosa tan grande es la señal de la cruz, exclamaba, con razon, un testigo de sus admirables efectos: *Magna res signum crucis.* ¹ Mañana veremos su eficacia en un nuevo orden de cosas.

et matris dolorem crucis impressione nitelatur lenire. (*In Epitaph. Paula.*)

¹ S. Elig., *De rectitud, catech., etc., inter op. S. Aug., t. VI.*

CARTA DÉCIMATERCERA.

Diciembre 8.

Efectos de la señal de la cruz en el órden temporal.—Cum las enfermedades, y aleja cuanto puede dañarnos.— Vuelve la vista á los ciegos, el oido a los sordos, la palabra á los mudos, el uso de los miembros á los cõjos, paralíticos, cura las otras enfermedades y resucita á los muertos.

Mendigo el hombre en el órden espiritual, m lo es ménos en el temporal: su alma, lo mismo que su cuerpo, no viven mas que de limosnas. Entre los bienes necesarios al cuerpo, hay de en particular, querido amigo, que voy á señalar: la salud y la seguridad, y la señal de la cruz procura eficazmente una y otra.

La salud. El Verbo Eterno es la vida viviente y vivificante. Hablando de Él, cuando conversaba entre los hombres, el Evangelio no

decía estas palabras, tan dignas como sublimes: "Salía de Él una virtud que curaba todas las enfermedades: *Virtus de illo exibat et sanabat omnes.*" Y la historia nos enseña que estas palabras se aplican en toda su extension á la señal de la cruz.

Está perfectamente probado que los primeros cristianos se sirvieron de la señal de la cruz para curar todas las enfermedades. San Cirilo y San Juan Crisóstomo, uno patriarca de Jerusalem y otro de Constantinopla, aseguran de un modo positivo, que en su época la señal de la cruz, como en los tiempos de sus antecesores, la señal de la cruz continuaba curando las enfermedades y las mordeduras de las bestias feroces.¹

Lleguemos á las pruebas. Todos los sentidos del hombre están sujetos á las enfermedades: comencemos por el más noble, la vista. Si en lugar de palidecer continuamente sobre los autores paganos, los jóvenes estudiaran algunas veces los actos de los mártires, habrian visto en los de San Lorenzo, el brillante milagro que

¹ Hoc signum ad hodiernum diem curat morbos. (*Catech.*, XIII; 8. Chrys., *In Math.*, Hom. 54.)

hasta hoy canta la Iglesia, *qui persignum crucis cæcos illuminavit.*

El ilustre archidiacono de Roma entró á la casa de un cristiano, allí se encontraba el ciego Crescencio, que derramando abundantes lágrimas, se abrazó á las rodillas del santo, y le dijo: "Poned vuestras manos sobre mis ojos, para que vea." El bienaventurado Lorenzo, profundamente conmovido, le contestó: "Que nuestro Señor Jesus, que abrió los ojos al ciego de nacimiento, os dé la luz." Hizo al mismo tiempo la señal de la cruz sobre los ojos de Crescencio, que vió la luz, y al bienaventurado Lorenzo, como lo había deseado. ¹

El sabio Teodoreto, cuenta de su propia madre lo que sigue: "Tenia mi madre, en un ojo, una enfermedad que desafiaba todos los recursos de la medicina. En vano se ojearon todos los volúmenes y se consultó á los viejos autores, ninguno daba remedio aplicable á aquel mal. En esas estábamos, cuando una amiga de mi madre fué á verla. Le habló de un hombre de Dios, llamado Pedro, refiriéndole un milagro hecho por él. La mujer del gobernador de Orien-

¹ *Apud Sur.*, 10 aug.

te, le dijo, tenia la misma enfermedad que vos, se dirigió á Pedro, que es de Pérgamo, y la ha curado, orandó por ella y haciendo la señal de la cruz.

"Mi madre, sin perder un instante, busca el hombre de Dios, se arroja á sus plantas y le conjura á que la cure. No soy, le contestó, mas que un pobre pecador, y estoy muy distante de tener cerca de Dios el poder que me suponeis. Redobla mi madre sus lágrimas y súplicas, protestando que no lo dejará ántes de quedar curada.

"Dios, volvió á decirle, es el médico de estos males: ¹ escucha á los que creen en Él, y os escuchará á vos misma, no por mis méritos, sino por vuestra fé. Si la teneis sincera, verdadera, pura y sin vacilacion, haciendo á un lado los médicos y los medicamentos, aceptad el remedio que os da Dios. Al pronunciar estas palabras, extendió las manos sobre el ojo, hizo la señal de la cruz, y el mal quedó curado." ²

¹ El santo razonaba como Ambrosio Paré, el padre de la cirugía francesa: *Yo le curaba, y Dios le sanó.*

² *Hæc cum dixisset, manum imposuit oculo, et salutaris crucis signo facto morbum expulit. (Hist. SS. Patr. in Pétre.)*

Hechos más cercanos van á demostrarte, que en el trascurso de los siglos la señal de la cruz no ha dejado de ser el mejor oculista. San Eloi, obispo de Noyon, atravesando uno de los puentes de Paris curó á un ciego, que en lugar de una limosna le pidió, que hiciera la señal de la cruz sobre sus ojos. ¹

Un milagro análogo se operó en la vida de San Frobert, abad de un monasterio cerca de Troyes, en Champagne. Era aún niño, cuando su madre, ciega hacia muchos años, le tomó sobre sus rodillas; despues, besándole y acariciándole, le rogó que hiciera sobre sus ojos la señal de la cruz. Se rehusó primero el jóven santo; pero cediendo á las maternales instancias, invocó el nombre del Señor, hizo la señal de la cruz, y al instante recobró su madre la vista. ²

En la vida de San Bernardo Mabillon, cita más de treinta ciegos, de toda edad y condicion, en Francia, Alemania é Italia, que fueron curados en presencia de reyes y grandes señores.

¹ *Vida del santo por S. Ouen, obispo de Rouen, c. XXIX.*

² *Vida en el 31 de Diciembre.*

por medio de la señal de la cruz, que sobre ellos hizo el taumaturgo de Clairvaux. ¹

Pasemos de la vista al oido y á los otros sentidos. Como el mismo nuestro Señor Jesucristo, la señal de la cruz hace oir á los sordos y hablar á los mudos. Estamos en medio de la gran Roma, en el palacio del prefecto, y ante nosotros se encuentra un jóven y brillante oficial, llamado Sebastian. Aunque este nombre no se pronuncia nunca en los colegios, puedes hacer saber á tus camaradas, que San Sebastian era comandante de la primera cohorte pretoriana, bajo Diocleciano, ó lo que es lo mismo en lenguaje moderno, era coronel de un regimiento de la guardia imperial.

Dotado de una elocuencia igual á su intrepidez, empleaba los dones que Dios le habia dado, en animar á los mártires que llevaban diariamente al pretorio. Un dia Zoë, mujer del prefecto de Roma, que estaba muda hacia seis años, tuvo la dicha de asistir á uno de esos discursos. Aunque pagana, quedó tan conmovida, que se arrojó á las rodillas del santo, dando á entender por señas que deseaba ser curada. Se

hizo comprender, y hecha la señal de la cruz sobre la boca, le volvió al instante la palabra, y el uso que de ella hizo fué pedir el bautismo.

Les seguirás diciendo, que por el mismo signo el inmortal abad de Clairvaux, San Bernardo, curó una multitud de sordos y de mudos. En Colonia, á una jóven, sorda hacia muchos años; en Bourlemont, á un niño sordo-mudo de nacimiento; en Bâle, á un sordo; en Metz, á un sordo, delante de una multitud inmensa; en Constanza, Spira y Maestrich, á sordos y mudos; en Troyes, á una jóven coja y muda, en presencia de los obispos Geoffroi de Langres y Enrique de Troyes; y por último, en Clairvaux, á un niño sordo-mudo, que esperaba su llegada hacia quince dias. ²

Mientras que el mismo santo estaba en Spira, donde operaba muchas curaciones milagrosas, llegó Anselmo, obispo de Havelberg, enfermo de la garganta, de modo que apenas podia deglutir y hablar. A mí tambien deberíais curar, dijo San Bernardo. Si tuviérais tanta fé como las buenas mujeres, le respondió agradablemente

1 Act. de S. Sebast.

2 Mabillon, ubi supra.

el santo abad, quizá podria yo haceros el mismo servicio. Si mi fé no basta, contestó el obispo, que la vuestra me cure. El santo le tocó, haciendo la señal de la cruz, y al instante el dolor y la hinchazon desaparecieron. ¹

Extendido por todo el cuerpo el sentido del tacto, es el que presenta mayor superficie á los ataques de la enfermedad. ¿Cómo detallar los males mas dolorosos, los unos que los otros, á que está expuesto? Sin embargo, por numerosos que sean, es consolador pensar, que ninguno escapa al saludable poder de la señal de la cruz. En su virtud se reconoce á Aquel que curaba toda clase de enfermedad entre el pueblo, *omnen languorem in populo*.

Uno de los obispos mas santos y amables que han gobernado la diócesis de Paris, San German, iba un dia á hacer una visita á su digno colega San Hilario de Potiers. A su paso encontró dos hombres, que con gran trabajo llevaban á una pobre mujer, muda y coja. Apenas el santo hizo sobre ella la señal de la cruz, recobró en el ac-

1 Signavit cum Pater..... et continuo dolor omnisque tumor abcessit. (Vit., lib. VI, c. V, n. 19.)

to el uso de la palabra y de las piernas. Tres dias despues pudo ir á dar las gracias á su benefactor. ¹

El mismo milagro fué observado por San Eutimio, archimandrita de Palestina: Téberon, hijo del gobernador de los Sarracenos de Arabia, estaba paralítico de la mitad del cuerpo desde los primeros años de su niñez. Habiendo oido hablar del santo abad, se hizo llevar á él, acompañado de su padre y de un gran número de bárbaros. El santo hizo la señal de la cruz sobre Téberon, y al instante quedó sano. Esta curacion fué seguida de la conversion, no solo del hijo y del padre, sino de todos los Sarracenos, compañeros de su viaje y testigos del milagro. ²

Mucho tiempo despues, San Vicente Ferrer, operaba en Francia el mismo milagro que habia regocijado al Oriente. Estando en Nantes, le llevaron á un jóven, atacado de parálisis hacia ocho años, para que le diese su bendicion. No tengo oro ni plata, dijo el santo al enfermo; pero

¹ Ut signum sanctæ crucis expressit, confestim omnis vigor per membra diffunditur. (*Vita*, c. XLVI.)

² Fleury, *Hist. eccl.*, lib. XXIV, n. 28.

ruego á nuestro Señor que os conceda la salud del alma y del cuerpo. Al punto el paralítico quedó curado, se levantó, dió las gracias debidas á Dios y al santo, y volvió á su casa, sin sentir nada de su antiguo mal. ¹

Tal es algunas veces la violencia del dolor que ocasiona trastornos cerebrales, y desgraciadamente priva al hijo de Adan de la razon y la salud. La señal de la cruz combate á la enfermedad en ese atrincheramiento. Edmer, historiador de San Anselmo, arzobispo de Cantorbéry, refiere que ese santo hombre, al ir á Cluny, curó por medio de la señal de la cruz á una mujer que habia perdido la razon y estaba furiosa. ²

San Bernardo hizo lo mismo en Sechingen y en Colonia. En esa última ciudad se le presentó una mujer frenética desde la muerte de su marido y con ocasion de ella. La desdichada empleaba sus fuerzas contra ella misma, hasta el punto de que por necesidad la tenian encadenada. Inspiró al santo una gran compasion,

¹ Mox multa ejus membra cruce consignat, et illi se sensit incolumis. (*Vit.*, lib. IV.)

² *Vit. S. Anselm.*, lib. II.

hizo sobre ella la señal de la cruz, y al instante volvieron la razon y la calma. ¹

El Verbo Redentor, á quien el Evangelio nos muestra tan á menudo, curando las fiebres más obstinadas, comunicó á la señal de la cruz la virtud de operar el mismo prodigio. San Prix, obispo de Clermont en Auvergne, habiendo ido al monasterio de Darouge en los Vosgues, encontró al abad Amarin tan fuertemente atacado de una fiebre maligna, que no podia caminar ni tomar más que un poco de agua. El santo obispo recurrió á su arma ordinaria y pagó su bienvenida con un milagro: hizo la señal de la cruz sobre el enfermo, y se levantó perfectamente curado. ²

Tiene el mismo poder sobre otra enfermedad mucho más grave y difícil de curar que la fiebre y la epilepsia. En la vida de San Malaquías, arzobispo de Armagh, que murió en Clavaux, San Bernardo dice: "Ántes de partir para Roma, adonde iba á recibir el palio de manos del Papa Eugenio III, el santo arzobispo devolvió

¹ Mabillon, *ubi supra*, lib. IV, c. IV, n. 33.

² Cum vexillum crucis super ægrum fecisset, protinus, fugata febre, sanatus æger surrexit. (*Vie des SS.*, 25 janv.)

la salud á un epiléptico, haciendo la señal de la cruz sobre el pecho de aquel desgraciado, que era presa de los accesos de su mal muchas veces al dia."

El mismo San Bernardo hizo un milagro semejante en favor de una jóven de Troyes, en Champagne. Tan fuerte habia sido la fuerza del mal, que la privó del uso de la palabra. El santo abad le impuso las manos, hizo la señal de la cruz sobre ella, y al punto, llena de salud, habló en presencia de los asistentes. ¹

A mi ejemplo, curad á los leprosos, habia dicho Nuestro Señor: sus discipulos acogieron estas palabras, cuya virtud divina se trasmitió á la señal de la cruz. San Francisco Javier llenaba las Indias con el eco de su nombre, y ese eco llegó á los oidos de un leproso, que hacia muchos años habia hecho grandes esfuerzos para su curacion. No atreviéndose á presentarse en público, suplicó al santo fuera á verle.

Javier, muy ocupado, no pudo obsequiar los deseos de aquel hombre; pero le envió uno de sus compañeros, con orden de preguntar tres

¹ Signavit eam statimque locuta est. (Mabillon, *ubi supra*, c. XIV, n. 47.)

veces al enfermo si creeria en el Evangelio, en caso de ser curado: Si prometia abrazar la fé, el enviado debia hacer tres veces sobre él la señal de la cruz. Todo se verificó como Javier lo habia ordenado, y apénas hizo el leproso su promesa, su cuerpo quedó limpio como si nunca hubiera tenido lepra. ¹

Antes de continuar, creo deber consignar aquí, querido amigo, una observacion de San Crisóstomo, muy aplicable á la curacion de las enfermedades, ó al alejamiento de los azotes y accidentes, por la señal de la cruz. Si á pesar de su poder, y aunque se haga con las disposiciones convenientes, no cura siempre las unas, ni aleja los otros, no es por falta de virtud, sino porque es útil que seamos probados. ²

Una enfermedad no ménos cruel que la lepra y mucho más comun, es el cáncer, y esta, como las otras enfermedades humanas, no resiste al poder de la señal de la cruz. Escucha el relato que nos hace San Agustin, testigo ocular del hecho:

¹ *Vie*, lib. V, p. 349.

² *Morbis imperans terribile est hoc nomen, et si non abigerit morbum, non hinc est quod infirmum sit hoc nomen, sed quod utilis est morbus. (Ad Coloss., II, homil., IX.)*

“En Cartágo, dice, vivia una piadosísima dama, de una de las más illustres familias de la ciudad, llamada Inocencia. Tenia en el seno un cáncer, mal horrible que los médicos consideran como incurable. Es preciso ó extraerlo hasta la raíz, ó para procurar algun consuelo al enfermo, emplear linimentos sin cesar, y segun Hipócrates, cuando la enfermedad es evidentemente mortal, es inútil hacer sufrir al enfermo.

“Su médico, que era amigo íntimo de la familia, nada le ocultaba, é Inocencia estaba entregada á Dios por medio de la oracion, encomendando á él solo el cuidado de su curacion. Una noche al acercarse la Pascua, fué advertida en sueños, que acudiese al bautisterio del lado de las mujeres donde esperaban las catecúmenas y que pidiera se le hiciese la señal de la cruz sobre el miembro enfermo, por la primera de las neófitas que se presentasen delante de ella. Obedeció y al instante quedó curada.

“El médico que le habia anunciado que su mal era incurable, al encontrarla perfectamente restablecida, se apresuró á preguntarle, qué remedio habia empleado. Ella le refirió lo sucedido, y entónces, con aire indiferente, y que

hizo temer á la buena señora alguna palabra irrespetuosa para con Nuestro Señor, el médico le respondió: esperaba yo que me refiriérais algo extraordinario, y viéndola más y más inquieta, agregó: ¿qué tiene de admirable que Jesucristo haya curado un cáncer, cuando resucitó un muerto de cuatro dias?"¹

Nunca fué más patente un milagro: tuvo por testigos á los habitantes de la ciudad entera.

Para quitar al hombre la salud y la vida, otras enfermedades naturales conspiran á su fin como los ataques de los animales feroces ó venenosos. El remedio para sus heridas se encuentra tambien en la señal de la cruz. "El santo anacoreta Falacio, escribe Teodoreto, viajando de noche, pisó una serpiente dormida. Despertó el reptil lleno de furor y le hincó los dientes en la planta del pié. Se inclina el santo y lleva la mano derecha á la herida; la serpiente se la muerde, y corre igual suerte la izquierda que se habia empleado en auxilio de la derecha.

¹ Quid grande fuit Christus sanare cancerum, qui quadriduanum mortuum suscitavit? (*De Civ. Dei*, lib. XXII, c. VIII.)

"Después de haber saciado su rabia y causadole más de diez heridas, el venenoso reptil se deslizó y fué á ocultarse á su agujero, dejando á su víctima presa de intolerables dolores. En estas circunstancias más que en ningunas otras, el siervo de Dios creyó que no debía recurrir á la medicina. Para curar sus heridas se contentó con emplear los remedios de la fé: la señal de la cruz, la oracion, y el auxilio del santo nombre del Señor."¹

Dueño nuestro Señor de la vida, lo es tambien de la muerte, y ese imperio soberano se encuentra en la señal de la cruz. Hé aquí lo que se lee en la vida de Santo Domingo: Predicaba un dia en Roma en la antigua iglesia de San Marcos. Entre sus oyentes se contaba una dama romana llamada Guttadone que tenia una gran devocion por el servidor de Dios. Para ir á oír el sermón habia dejado gravemente enfermo á uno de sus hijos: á su vuelta lo encontró muerto.

Sin demostrar un gran dolor se hizo acom-

¹ Sed neque tunc passus est uti arte medica, sed vulneribus adhibuit sola fidei medicamenta, crucisque signaculum et orationem et Dei invocationem. (*Im Thalass.*)

pañar de sus criadas y llevó al niño á Santo Domingo, á quien encuentra en la puerta del convento de San Sixto, pone al niño ante él, prosterna y derramando copiosas lágrimas, ruega que le devuelva su hijo. El Santo, movedo á compasion, se pone de rodillas, ora algunos momentos, hace la señal de la cruz sobre el niño, le toma por la mano, le levanta lleno de vida y lo devuelve á su madre á la que recomienda un silencio absoluto. Pero en el curso de su felicidad aquella dama publicó el milagro, y en breve quedó informada de él toda la ciudad de Roma.¹

Dos siglos despues encontramos á San Juan Gualberto. Este santo y noble militar habia perdonado al asesino de su hermano, y Dios le recompensó con la vocacion religiosa y el don de los milagros. Hacia uso de la señal de la cruz contra el demonio como de una espada. Furioso por sus continuas derrotas, el gran herejico armó á sus satélites, y durante la noche atacan el monasterio, queman la iglesia y hieren mortalmente á todos los religiosos; pero el san-

¹ Vida de Santo Domingo, lib. II. c. III.

to acude, y con la señal de la cruz, devuelve á todos la salud y la vida.¹

Comprenderás, querido Federico, que me he contentado con citarte una ó dos curaciones de cada enfermedad. Si intentara referirtelas todas, no me bastarian inmensos volúmenes. Santos Agustín, San Crisóstomo, San Cirilo, San Efrén, San Gregorio de Niza, San Paulino y otros cientos de santos de todos los siglos, en Oriente y Occidente, prueban por millares de hechos, que el signo adorable de Aquel que vino para curar toda enfermedad, no ha cesado de devolver la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos, la salud á los enfermos y la vida á los muertos.

Esta es la historia, y es necesario ó aceptarla tal como es, ó despedazar sus páginas y caer en el escepticismo, ó hacer otra más sabia y verdadera. Pregunta á tus compañeros si se creen con fuerzas bastantes para emprender la obra, y cuando esté concluida verémos.

Hasta mañana.

¹ Véase su vida.